

**Amelina Correa Ramón, *La familia de Francisco Ayala y su infancia*. Granada: Fundación Francisco Ayala – Universidad de Granada (Colección Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 2), 2010, 144 pp.**

La última estrofa de «Tierra nativa», poema de Luis Cernuda perteneciente a *Como quien espera el alba* (1941-1944), es la cita escogida por Amelina Correa Ramón para dar comienzo a este libro sobre la infancia del escritor Francisco Ayala (Granada, 1906-Madrid, 2009). Estos versos finales hablan de las raíces que, imposibles de arrancar, como las de un tronco verde, nos vinculan al lugar de nacimiento; del primer amor, invencible por ostentar la cualidad de haber sido el primero; de la nostalgia por la tierra donde se nace cuando se vive lejos de ella. Resulta acertada la elección, pues el poema, especialmente en sus primeras estrofas, recuerda ese mundo mágico de la niñez en el que se puede imaginar al protagonista de algunos de los relatos que componen la serie «Días felices», última parte de *El jardín de las delicias*: un niño, que a la vez que juega, se cuestiona lo que acontece a su alrededor; y su mirada, limpia e inquieta, se detiene en descifrar «los colores delicados» y «las formas puras de las cosas», entre las que destacan, como en los versos de Cernuda, una fuente, un muro viejo, un limonero...

*La familia de Francisco Ayala y su infancia* indaga en las raíces granadinas de Francisco Ayala. Tras realizar una minuciosa búsqueda en archivos, Amelina Correa muestra, de una manera precisa, información documentada sobre ascendientes familiares, espacios míticos o episodios biográficos de la infancia y adolescencia del escritor; puntualiza fechas, actualiza datos y revela aspectos menos conocidos de su realidad vital en esos años. La intención última, como señala su autora, sería llegar a conocer más profundamente la huella que esas vivencias infantiles dejaron en la configuración de su carácter, en su trayectoria intelectual y en su quehacer de novelista.

El libro se divide en seis capítulos precedidos por un preliminar («Los orígenes de un escritor»). En el primero se rescata la figura de Eduardo García Duarte (Madrid, 1830-Granada, 1905), catedrático de Patología Quirúrgica en la Universidad de Granada –institución de la que fue rector (1872-1875)– y abuelo materno de Francisco Ayala. El recorrido minucioso que la autora realiza por la trayectoria profesional de Eduardo García Duarte pone de manifiesto la importancia de la labor que este médico madrileño desarrolló en la ciudad de Granada y en su Universidad, y, al mismo tiempo, descubre rasgos de su personalidad, que parecen haber sido heredados por el escritor granadino.

La biografía de Eduardo García Duarte se aborda, por primera vez, investigando sus raíces, su «tierra nativa». La casa donde nació, la posible ubicación del inmueble dentro del trazado urbanístico del Madrid del primer tercio del siglo XIX, el origen del nombre de la calle del Almendro, en el barrio de La Latina, la iglesia de San Pedro el Viejo, donde García Duarte sería bautizado, lugares que enmarcaron sus primeros años de vida, se convierten en objeto de estudio en este trabajo. Al tiempo que se aportan datos nuevos, se corrigen otros; errores localizados en documentos oficiales y que sólo el cotejo de varias fuentes primarias ha podido esclarecer. En aquellas ocasiones en que no ha podido ser así, la autora deja constancia del estado de la cuestión; como, por ejemplo, cuando hace referencia a la imposibilidad de conocer la localización exacta de la casa donde nació Eduardo García Duarte: «Por desgracia, el Archivo de Villa de Madrid no conserva documentación censal referente a esa década en relación con la calle del Almendro, y los padrones más antiguos catalogados datan de 1847».

Un gran acierto del libro es que incluye una primera bibliografía de Eduardo García Duarte, donde se recopilan sus discursos leídos en el ámbito académico, como el pronunciado en la Universidad Central al recibir el título de doctor en Medicina y Cirugía (1853) o sus artículos publicados en prensa especializada como *La Gaceta Médica* (Granada), donde apareció un revelador

«Estudio sobre el glaucoma» (1870). Aunque, sin duda, uno de los textos más interesantes citados en esta publicación es el documento titulado *Memoria acerca del Hospital de coléricos establecido en el ex-Convento de la Victoria, durante la epidemia del cólera en Granada en los meses de julio y agosto de 1855* (Granada: Imprenta de don Francisco Ventura y Sabatel, 1855), en el que, como indica su título, Eduardo García Duarte dejó constancia de su actuación como médico en el hospital provisional instalado en el carmen de la Victoria, en el granadino barrio del Albayzín, durante la epidemia de cólera que se extendió por la ciudad en ese año.

A través de estos escritos, se puede realizar una primera aproximación a su código ético y profesional, pero también, oportunamente, la autora incorpora el género epistolar para ofrecer un perfil más personal. Así se pone de manifiesto en una carta de Eduardo García Duarte a su amigo el naturalista gallego Víctor López Seoane conservada en el archivo del Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses. En la carta, fechada el 23 de noviembre de 1862, García Duarte relata el episodio en el que se produjo un altercado con otro médico, Benito Amado Salazar, catedrático de Obstetricia en la Universidad: «La reyerta», escribe, «no terminó a estocadas porque no quiso. El origen fue mi discurso de recepción ante el Claustro; él debía contestarme y aprovechó el momento para herirme cuando por la naturaleza del acto sabía que ante el Claustro me estaba prohibido el contestar y que después la prensa me estaba vedada. Hubo la fortuna que hoy bendigo de que me diese explicaciones por escrito evitándome entrar en el único terreno que me quedaba. Sin embargo, como ataques de este género dejan huella, nuestra palabra no se ha vuelto a cruzar».

Esta anécdota ofrece un ejemplo concreto de las rígidas conductas sociales de mediados del siglo XIX, y al mismo tiempo, evidencia el difícil cambio de mentalidad en un sector tradicionalista de la sociedad –que en el caso de Francisco Ayala vendrá representado por su familia paterna, a quien está dedicado el segundo capítulo del libro–. Eduardo García Duarte muestra una mentalidad progresista y un conocimiento profundo de su especialidad, basado en el estudio permanente y en la práctica diaria de la medicina. Sus acciones resultan consecuentes con su visión del mundo y así se refleja en las decisiones tomadas a lo largo de su vida, como, por ejemplo, cuando rechazó un título nobiliario concedido por su notable actuación durante una de las epidemias extendidas en la ciudad debido a su manifiesta ideología republicana. De ahí que la autora afirme que Eduardo García Duarte se ofrece «como modelo de coherencia intelectual y personal en el conflictivo panorama histórico de las últimas décadas del siglo XIX en un país en crisis». Este trabajo demuestra que su figura merece una investigación más amplia que lo incluya en la historia de la medicina española en el siglo XIX.

Una parte fundamental del libro se centra en la investigación de espacios o lugares que tuvieron una especial significación en esos primeros años de Francisco Ayala y que resultan un motivo recurrente en su literatura creativa o en sus escritos autobiográficos. Los capítulos titulados «La casa de la calle Canales y la familia García-Duarte», «El carmen de la Cruz Blanca y la iglesia de San Gregorio Alto» y «Otros lugares de su temprana juventud: el Monte de Piedad y el café de La Montillana» acometen esta tarea. De especial relevancia resulta el capítulo destinado a la casa de la calle Canales, donde se detalla, de un modo exhaustivo, el origen del conocido inmueble. Como si de un ser vivo se tratase, la autora indaga en la historia de la casa donde se ubicaba el paraíso recreado en relatos como «Las puertas del Edén» o «Nuestro jardín». Desde la descripción del terreno donde se situaba la vivienda, pasando por la compra de tierras aledañas para su ampliación, el proceso de construcción, los sucesivos inquilinos que la habitaron hasta llegar a su último propietario, y finalmente, una vez derrumbada, el destino final de algunos de sus objetos, como unos azulejos «de unos bonitos tonos verdes y azules», que fueron salvados por el escritor José Fernández Castro y colocados «a modo de zócalo en la escalinata de entrada a su Carmen del Alba».

Como en las anteriores publicaciones de Amelina Correa, este trabajo refleja la abundante consulta de archivos, algunos de ellos examinados por vez primera, como los padrones de habitantes, conservados en el Archivo Histórico Municipal del Ayuntamiento de Granada, que permiten, por ejemplo, un seguimiento cronológico de los diversos domicilios de la familia García Duarte en Granada. En algunos casos, como en el padrón de 1868, la información resulta tan detallada que llegamos a conocer, no sólo la identidad de sus inquilinos, sino también el número de criados, sus nombres, apellidos y edad, e incluso procedencia. Con toda esta documentación, la autora compone un relato ágil y ameno, en el que se aúnan, por un lado, la profusión de fechas y la exactitud de datos, que aportan la veracidad deseada en un riguroso trabajo de investigación, y, por otro, las anécdotas o detalles que proporcionan testimonios presentes en libros de memorias, epistolarios o biografías de personajes granadinos de finales del XIX y principios del siglo pasado. La lectura temática que Amelina Correa realiza de obras de autores o figuras de relieve como Melchor Almagro San Martín, Federico Olóriz Aguilera o Luis Seco de Lucena, algunos de ellos objeto de estudio en sus investigaciones académicas anteriores, se convierte en indispensable para configurar el contexto histórico de la Granada de entonces.

Cuando Francisco Ayala regresó a su ciudad natal en 1960, donde habían transcurrido sus primeros dieciséis años de vida, y tras casi cuarenta de ausencia, quiso visitar los lugares de su infancia. Y aunque la nostalgia por «la tierra nativa» no haya sido un rasgo especialmente marcado en su carácter, sí intentó recorrer de nuevo ese paraíso primero suspendido en la memoria. Esta circunstancia recuerda, de nuevo, a un texto de Cernuda, «El patio», incluido en *Variaciones sobre tema mexicano* (1952), donde el autor traza una línea, a través del tiempo y del espacio, para unir al hombre adulto con el niño que una vez fue: «...El hombre que tú eres se conoce así, al abrazar ahora al niño que fue, y el existir único de los dos halla su raíz en un rinconcillo secreto y callado del mundo. Comprendes entonces que al vivir esta otra mitad de la vida acaso no haces otra cosa que recobrar al fin, en lo presente, la infancia perdida, cuando el niño, por gracia, era ya dueño de lo que el hombre luego, tras no pocas vacilaciones, errores y extravíos, tiene que recobrar con esfuerzo».

Gracias a este libro de Amelina Correa, cuidadosamente editado por la Fundación Francisco Ayala y la Universidad de Granada, hoy conocemos un poco más y mejor la infancia de Francisco Ayala; y sabemos de lugares, personas y vivencias que conformaron su universo en «ese rinconcillo secreto y callado del mundo»; en esa etapa de la niñez que aparece, con su parte de verdad y en mayor grado ficcionalizada, en sus escritos de imaginación.

CAROLINA CASTILLO FERRER  
UNIVERSIDAD DE GRANADA